

## ESCRIBIR SOBRE ESCRIBIR

El escritor argentino Sergio Chejfec publica *Últimas noticias de la escritura* con Jekyll&Jill Editores

Un buenísimo escritor, no puedo contenerme.  
(Enrique Vila-Matas)

La línea de la exploración de la crisis agónica del lenguaje, que cuenta entre sus cultivadores a Sebald, Handke o Coetzee, tiene posiblemente en Sergio Chejfec a su mayor representante en nuestra lengua.  
(Jordi Carrión)



Una libreta verde que se irá desvaneciendo en el transcurso del relato sin perder su rol protagónico. Una libreta personal de notas sueltas que sirve como arranque de la precisa reflexión y el precioso homenaje a la escritura caligráfica que el autor argentino Sergio Chejfec (Buenos Aires, 1956) nos brinda en las primeras páginas de *Últimas noticias de la escritura*, obra que navega entre la narrativa y el ensayo publicado ahora en España por Jekyll & Jill Editores. «Sabemos que estamos asistiendo al comienzo de algo nuevo y al ocaso de algo que consideramos natural. Por eso la

idea de “últimas noticias”: una cosa reciente y algo casi postrero», señala. Conforme avanza el texto, Chejfec confronta, con aire nostálgico pero sin resultar apocalíptico, los efectos que sobre el acto de escribir tiene la menguante escritura manual-física frente a la emergente digital-intangible. Letra impresa que se desvanece frente a la creciente preponderancia de la letra virtual. «A veces me veo como un enunciador de saberes en extinción o disolución», escribe. En la obra, dividida en veintiún capítulos nombrados numéricamente, se resalta que la escritura amanuense —ya sea en sus procesos de transcripción, manuscrito original o copiado— mantiene

un aura que, de momento, con la escritura digital solo es posible imitar. «Es lo que me resulta más fascinante. Nuestra época concibe textos virtuales digitales sin tener desarrollada todavía una imaginación constructiva vinculada con los nuevos mecanismos de composición». El autor narra el proceso que este trasvase del soporte manual al digital ha supuesto en él mismo. «Una de las premisas del texto —apunta— es que ya todo es inevitablemente digital. No hay edición (impresa o electrónica) que no lo sea. La escritura manual se mantiene como una eventual práctica privada, naturalmente, que no amenaza el predominio de lo digital sino que lo complementa: brinda un soporte metafórico». Chejfec convierte entonces el acto de la escritura en un artefacto literario *per se*, desgranando la relación que numerosos escritores mantuvieron con la caligrafía, los subrayados, las transcripciones y los utensilios para escribir. En *Últimas noticias de la escritura*, el autor argentino resalta el valor meramente artístico al que tiende la escritura manual: «A medida que deja de ser prueba de verdad —a veces filológica— de la obra literaria, la escritura manuscrita, en tanto original, adquiere un valor paulatinamente más pictórico. El ensayo reflexiona también sobre varias experiencias del arte contemporáneo relacionadas con la recomposición caligráfica». Él mismo reconoce haber manuscrito relatos de Kafka «con la esperanza de que algo de su literatura se impregnara en mí gracias a la transcripción», en lo que llama «sesiones de escritura empática».

Chejfec, profesor de escritura creativa en la Universidad de Nueva York, es un prestigioso autor de narrativa y ensayo cuya obra ha sido publicada en diferentes editoriales españolas y latinoamericanas. Este es su primer libro editado por Jekyll&Jill Editores: «Me siento afortunado porque fueron sumamente hospitalarios. Se plegaron a la moral del texto y de ese modo, creo, lo hicieron suyo como solo un buen editor puede sentir como propios los libros que hace», afirma el autor.

**Más sobre Sergio Chejfec:**

[www.parabolaanterior.wordpress.com](http://www.parabolaanterior.wordpress.com)

## Sergio Chejfec (Buenos Aires 1956)

Es sobre todo autor de narrativa y ensayo. Entre 1990 y 2005 vivió en Caracas (Venezuela). Desde entonces reside en Estados Unidos. Dicta clases en la Maestría de Escritura Creativa en Español de la Universidad de Nueva York (NYC). Ha publicado los siguientes títulos: *Modo linterna* (relatos, Candaya, Barcelona, 2014); *La experiencia dramática* (novela, Candaya, 2013); *Sobre Giannuzzi* (ensayos, 2010); *Baroni: un viaje* (novela, Candaya, 2010); *Mis dos mundos* (novela, Candaya, 2008); *El punto vacilante* (ensayos, 2005); *Los incompletos* (novela, 2004);

*Gallos y huesos* (poemas, 2003); *Tres poemas y una merced* (poemas, 2002); *Boca de lobo* (novela, 2000); *Los planetas* (novela, 1999); *El llamado de la especie* (relato, 1997); *Cinco* (relato, 1996); *El aire* (novela, 1992); *Moral* (novela, 1990); *Lenta biografía* (novela, 1990). Lleva una página digital ([parabolaanterior.wordpress.com](http://parabolaanterior.wordpress.com)), donde esporádicamente cuelga fragmentos y textos en general.



*Uno*. Este libro puede ser leído como la historia de una libreta. Me refiero a un cuaderno de apuntes o carnet de notas, no sé cómo llamarlo mejor, en definitiva da igual, que llevo conmigo desde hace una buena cantidad de años.<sup>1</sup> Un objeto que adopté inmediatamente, apenas verlo medio olvidado en la vidriera de una tienda muy poco glamorosa, en un barrio alejado de una ciudad que apenas conocía y hasta donde había caminado sin nada mejor que hacer.

La escena muestra lo siguiente: largas calles medio neutras que no inspiran curiosidad ni entusiasmo. Y en la mitad de la mañana desierta, por otra parte bastante fresca, alguien detenido frente al escaparate de una pequeña tienda. Ese soy yo, miro con atención la libreta verde que está junto a un florero angosto, para apenas dos flores, de un color parecido. Quizás en primer lugar llamó mi atención la curiosa miniatura que proponían ambos objetos: el cuaderno, que era bastante grueso, venía a ser la planta maciza y firme de una fábrica; y adosada a ella estaba la imponente chimenea a través de cuya altura hornos o máquinas ocultos por el edificio (el cuaderno) liberaban calor y cenizas. Me pareció que en medio de aquella doble soledad —la de la vidriera y la de la calle— los

dos seres, si puedo decirlo así, estaban empujados a un silencioso y apartado exilio, similar al de los museos.

Quedé inmediatamente prendado de esa libreta. En primer lugar, me atraía que fuera un objeto rústico, algo a kilómetros de cualquier idea de sofisticación o elegancia. En segundo lugar, resultaba increíblemente barato. Después supe que era de fabricación china. Los artículos chinos todavía no colonizaban el mundo tan masivamente como lo harían después —y en relación con ello, me gusta pensar que acaso esa virtual avanzada cifró la confianza en su propia efectividad gracias al éxito inscripto en estos cuadernos perfectos; éxito relativo, sin embargo, porque jamás he vuelto a verlos—.

### **Origen del «problema»**

La libreta me acompaña desde ese día en que no hice casi otra cosa que perder el tiempo, y del que tengo recuerdos asombrosamente perdurables pese a ser poco importantes. Por ejemplo, el paisaje: cuerdas y cuerdas de fachadas indiferenciadas y terrenos abiertos que podían atravesarse en diagonal para alcanzar cualquiera de las calles contiguas. O incluso más, atajos extensísimos y disponibles que no demandaban más que un poco de orientación si uno quería ir ganando camino, como si el orden de las calles fuera optativo.

No tuve en cuenta esa tarde un dato práctico de la libreta: su gran cantidad de páginas, unas trescientas. Todas de un tono claro que con el tiempo viraría al amarillo, con veintidós renglones cada una, de cierta hipnótica regularidad. Llevaba a pensar en un mar calmo a la espera de ser atravesado, pero también en una desquiciada continuidad horizontal, página tras página.<sup>2</sup> El grosor hacía todavía más único el objeto; no era de esos cuadernos para usar y olvidarse rápidamente de ellos. He aquí una imagen del objeto, cerrado y a página abierta.

Una vez de nuevo en la calle, me sentí absolutamente reconciliado conmigo mismo gracias al gran paso dado hacia la organización, y sobre todo unificación, de mis apuntes. Hasta entonces había anotado en papeles sueltos, hojas dobladas por la mitad, o arrancadas de cuadernos pedestres una vez redondeada, si puede decirse así, la nota o el pensamiento. Esta libreta china incitó mi deseo de sumar las anotaciones, cualquier cosa que eso signifique, en un solo lugar; pero debo aclarar que esa decisión no provino de sus virtudes utilitarias, que las tiene —a lo mejor para otro—, sino de su delicado aspecto que, como digo, indujo un inmediato pacto de cohabitación.

El cuaderno fue también señal de la inminente —o acaso ya instalada, pero para mí poco visible— generalización de libretas o pequeños cuadernos de distintas marcas y diseños (en primer lugar, y principalmente, los Moleskine): por la misma época

comencé a recibir coquetos anotadores o blocs de escritura —como si el cuaderno verde en mi poder hubiese activado un goteo automático—. El regalo indicado para alguien que se supone escritor. Abundancia pese a la cual me mantuve fiel a la libreta china —aunque dados mis hábitos de escritura ello derivó en serias dificultades y algunos temores relacionados con estas, todavía vigentes, como ahora explicaré—.

La libreta representa algo aproximado a un problema. Un objeto entrañable y del que no podría separarme (las pocas veces que temí haberla perdido sentí algo parecido a una amenaza física, estaba en juego parte esencial de mi condición), y sin embargo aquello que de cuando en cuando escribo en sus páginas me parece demasiado inestable, tanto que en ocasiones se borra de mi memoria como si fuera de una consistencia sobre todo precaria, o como si no me perteneciera por completo, en la medida en que está materialmente escrito. ¿Será que uno precisa que lo entrañable se conjugue también como inseguro?

*Dos.* En cierto momento de mi relación oscilante con el cuaderno, y quizá gracias a ella, descubrí la anomalía inscripta en esa presencia no muy firme, pero elocuente, de lo escrito. El punto que me permitió vislumbrar una dimensión de la escritura a mano que hasta entonces me había resultado inadvertida. No me refiero a mis motivos para escribir —por otra parte siempre poco claros— sino al estatuto físico de la propia escritura. Yo mismo había cultivado unas relaciones discontinuas con mis notas manuscritas. Quiero decir, uno de los principales temores, más o menos recurrentes, fue (y sigue siendo) nunca terminar de llenar, preferiblemente con ideas e impresiones honestas y si se puede inteligentes, esas trescientas páginas.

Escribo en pasado, pero no faltaría a la verdad si lo hiciera en presente. El pronóstico de no completar el cuaderno me sonaba más factible que la ilusión de lograrlo. Era un escenario a lo Sísifo. Ello significaba renunciar para siempre al deseo de adoptar una nueva libreta (y revivir de paso la exaltación escolar de estrenar un cuaderno). Pero también señalaba otra cosa que me llevó tiempo entender, en parte debido, paradójicamente, a la simplicidad empírica del hecho: acabar la libreta podía significar agotar un espacio dado; o sea, era parecido a *terminar* o, más exactamente, a *tener* un libro. Una de esas operaciones que adquieren un sentido a veces más verdadero, aun cuando sean préstamos de otras cosas más o menos cercanas; en este caso, publicar. Así, a partir de esta equivalencia cuantitativa con cierto protocolo libresco, la grafía manual se revelaba como una impensada simulación virtuosa; formato para el cual, sin embargo, yo no estaba preparado debido a mi relación bastante accidentada con la escritura a mano.

Todo anunciaba que sería constantemente inédito. Recuperaba de este modo otro tipo de fantasía, en este caso negativa, cuando durante los primeros años de escritor había

acumulado una gran dosis de paciencia —¿o impaciencia?— frente a la publicación en general y las editoriales en particular. En otros lugares me referí al problema de tener una libreta de notas inacabable: según pasa el tiempo se transforma en evidencia de lo no escrito más que en prueba de lo que se escribió. Pensaba entonces que para la posteridad —cualquier cosa que eso significara— quedaría una libreta bastante incompleta, muestra de indolencia textual de este así llamado autor, incapaz de rellenar un muy limitado número de renglones comparado con las oportunidades que había tenido de ir avanzando a lo largo de varias e interminables décadas.

Es así que el cuaderno verde me acompaña como si se tratara de un talismán equívoco. Un objeto que me inhibe y avergüenza. Me recuerda lo que no soy, y de este modo me afirma en lo que soy. Digamos, es lo que me hace pensar, sin que nada en el resto de la realidad lo confirme, que lo mío es sobre todo embrionario; que siempre estoy empezando a escribir y dejando de hacerlo, en un mismo movimiento.<sup>3</sup>

Y esta relación ambigua que tengo con la escritura manual, por la que siento una infinita nostalgia y una devoción sin embargo carente de consecuencias prácticas, creo que está en la base de algunas de las preguntas que, como ritual o práctica casi etnográfica, esta escritura me sigue inspirando y, sobre todo, el material capcioso e intrigante que sigo encontrando en cada uno de los detalles con los que a cada momento se me pone de manifiesto.



<sup>1</sup> O puede ser leído como los efectos de su presencia a lo largo del tiempo. Toda presencia prolongada se convierte en fantasmática. En general, no me gusta que las cosas cuenten o argumenten por mí. Por ello, la libreta estará presente en estas páginas aun cuando la mencione bastante poco, en el entendido de que ella es, a veces, lejana inspiración y borroso escenario de distintas aproximaciones a la escritura.

Una segunda advertencia: la libreta no sería la herramienta que me permite escribir y luego —o antes— pensar y, llegado el caso, seguir escribiendo o no (o sea, un artefacto adaptable a distintas condiciones), sino el aditamento del que me acompaño para tener presente la escritura como un fenómeno curioso, de llama perenne, paradójicamente no siempre visible. La libreta como amuleto, pero en realidad también como estandarte de una especie de credo. Por otra parte, hay una creencia personal pero compartida por muchos, aunque en distinto grado e intensidad: la creencia en la escritura. ¿Alguien puede sostener con seriedad que la escritura no existe? Sería como negar la lluvia. Pues

bien, el cuaderno al que me refiero viene a representar muchos de los lazos hacia lo escrito que se apoyan en la oscilante disposición hacia esa creencia.

<sup>2</sup> Un recuerdo: la intriga que me producían los renglones en los comienzos de la escritura. Revivo muy bien la vergüenza frente a la maestra de primer grado, impaciente cuando levanté la mano para preguntar mientras los demás se inclinaban sobre sus pupitres de lo más tranquilos, cómo podía seguir escribiendo si el renglón se había acabado.

<sup>3</sup> La ambivalencia obedece, creo, a un tipo de relación no natural con la literatura, y más específicamente con la escritura. No mucho tiempo atrás, me tocó participar de una entrevista pública a un conocido escritor. Creo que en tanto conocidos, no deben hacerse preguntas directas. Hay que rodearlos de pensamientos relacionados con sus textos, que los lleven a suponer que en gran medida son conocidos por el tipo de ideas que estos sugieren. Una de las cosas que pensaba decir, pero que al final no encontré oportunidad de señalar —no creo que resulte difícil imaginar la causa—, es la siguiente: podría dividirse a los escritores entre quienes tienen una relación natural o no natural con la literatura. No quiero decir que una relación natural implique una relación pacífica, y a la inversa, que una relación no natural sea conflictiva. Más bien pienso que algunos escritores han asumido desde un comienzo una cercanía con la literatura, y que para otros ha sido motivo de idas y vueltas, artilugios, indecisiones, etc. En la Argentina, por ejemplo, el caso arquetípico es Borges —cuándo no—. Ya la misma autoconstrucción de su figura lo pinta rodeado de libros, leyendo desde muy chico, incluso de un modo más natural que si le tocara hablar. Para usar una metáfora de Arturo Carrera, cuando se refiere, junto con Alfredo Prior, a «niños que nacieron peinados», pero también, como le escuché alguna vez decir, *escritores que nacen peinados*. Tocados en la testa que aluden a algo más que a un saber, sobre todo a una pertenencia o familiaridad consustancial a su desarrollo. Como si hubieran nacido sabiendo ser escritores. Y en el otro extremo, resulta fácil verificar otros escritores que encuentran ese vínculo letrado como algo no natural, y construyen su relación con la literatura sobre otras bases.

Primeras páginas de *Últimas noticias de la escritura*, Sergio Chejfec